

Ignacio Fernández de Castro (1919-2011) El largo aprendizaje de la “escuela de la vida”

Jaime Pastor

Con su muerte a los 92 años el pasado mes de septiembre ha desaparecido alguien poco conocido por las nuevas generaciones y, sin embargo, una de esas personas sin las cuales no se podría explicar la historia de una parte relevante de la izquierda radical en el Estado español. Un breve resumen de su vida diría que fue un luchador e investigador incansable, primero como cofundador del Frente de Liberación Popular (FLP) en septiembre de 1958 y colaborador desde el exilio con la Editorial Ruedo Ibérico; luego, como activo participante del Mayo del 68 parisino y promotor de la corriente asamblearia y autónoma durante la “transición política” española; y también desde los años 70, como sociólogo crítico extra-académico y activo animador del movimiento por una educación alternativa frente a “la escuela sistémica”.

Antes de ese papel como protagonista en la creación de una organización revolucionaria singular como el FLP, Ignacio no ocultó su rápido paso en su primera juventud por las filas de los sublevados contra la II República para luego, tras su corta experiencia como abogado, ser un cristiano convertido en revolucionario y radicalmente enfrentado a la dictadura franquista. Después de varios ensayos, su obra *La demagogia de los hechos*, escrita en 1959-60 y publicada en 1962 por Ruedo Ibérico, fue un testimonio de esa evolución y ejerció una incuestionable influencia en muchos y muchas jóvenes de origen cristiano que en aquel entonces y más tarde se acercarían al marxismo. En ese libro comenzaba afirmando:

Existen buenas razones para que seamos revolucionarios. Es necesario que los conformistas, los satisfechos, los que nunca quieren saber nada de nada y los que nunca se comprometen las conozcan (...). Nuestras razones no son abstractas sino hechos.

Tras esa introducción Ignacio ofrece una acumulación de datos estadísticos sobre las enormes desigualdades existentes bajo la España franquista en el campo y en la ciudad que justifican la necesidad de la revolución para concluir en el último capítulo con el lema “*Libertad, igualdad, fraternidad, objetivos revolucionarios*”. En él, tras concretar una serie de propuestas¹, termina afirmando:

¹ Una de ellas que suena todavía actual es la siguiente: “*Un procedimiento electoral para que el pueblo pueda elegir directamente sus representantes en los órganos legislativos así como todos obtener la representación. Señalando la duración del mandato, la forma de exigirles responsabilidad y su posible revocación*” (p. 190).

En definitiva, se trata de lograr que el poder, la totalidad del poder, que la revolución atribuye al pueblo no le sea arrebatado ni por sus representantes, ni por la reacción contrarrevolucionaria.

Obligado a exiliarse muy pronto y marginado del FLP, coordina con José Martínez, el editor de Ruedo Ibérico, un documento colectivo, *España hoy*, publicado a finales de 1963. En él, junto con un gran número de colaboradores, muestran un gran esfuerzo de documentación e interpretación de la evolución de la dictadura franquista hasta su petición de ingreso en el Mercado Común en la primavera de 1962 para luego destacar la importancia de las huelgas mineras del verano de 1963. Ignacio colabora después en otras obras de la misma editorial como *Horizonte Español 1966* con su artículo “*La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias*”, en donde reconstruye la historia de esa institución al servicio de la reacción para concluir esperanzado con el papel que desde comienzos de los 60 juegan los sacerdotes vascos y la HOAC frente al ascenso del Opus Dei. Un trabajo que se enmarca dentro de otro, *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo, 1808-1966*, editado también por Ruedo Ibérico en 1968, en el que presenta una interpretación política de la España contemporánea que más tarde prolongará hasta 1980.

1968 es justamente un año clave, ya que se implica directamente en el Mayo francés y ese acontecimiento supone un punto de inflexión en su evolución, como él mismo recuerda en la entrevista que le hicieron Julio Rogero y Carlos López:

Pude vivir y participar personalmente en el mayo francés, en sus aspectos revolucionarios, en las barricadas y en la ocupación de fábricas de automóviles por los emigrantes españoles. También pude decepcionarme con la expulsión de los ocupantes por los piquetes sindicales y el final de lo que se empezó en mayo, negociado por sindicatos y partidos de izquierda que a cambio de ventajas salariales registraron en la realidad y en la Historia como revuelta lo que, en sus comienzos y en las esperanzas de muchos, fue una revolución victoriosa. El sujeto de la historia fue sin duda prudente, pero yo comencé a releer y repensar de nuevo mi propia historia y terminé mi etapa de militante partidista de la revolución siguiendo la ruta de la conquista del poder para desde allí registrarla imponiéndola sobre la realidad y sobre el propio sujeto que la realiza en la calle/2

Por eso, cuando regresa a Madrid a finales del año 70 decide ejercer como sociólogo crítico creando el Equipo de Estudios (EDE) y emprendiendo la publicación de la revista *Teoría y Práctica*, ligada a la corriente asamblearia/3

2/ Rogero J. y López, C. (2010) “Conversación con Ignacio Fernández de Castro”. *Con-Ciencia Social*, 14, págs. 91-112, (disponible en <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=4322>)

3/ Nuestro amigo Ramón Fernández Durán estuvo también vinculado a esa corriente y a Ignacio, quien prologó un trabajo que Ramón publicó en 1980, titulado Trabajo, espacio y capital.

que va desarrollándose en los años siguientes al margen de las organizaciones políticas de izquierda. Ejemplo de su labor investigadora son sus dos libros publicados por *Cuadernos para el diálogo* en 1973. Uno, *Reforma educativa y desarrollo capitalista*, es concebido como libro de investigación a partir de una crítica radical a la Ley General de Educación de 1970, “situándola como expresión de un cambio estructural de la formación social española y como respuesta coherente de la clase burguesa española a la nueva etapa del desarrollo económico”. El otro, *La fuerza de trabajo en España*, es un estudio también muy documentado, con abundancia de datos estadísticos sobre la evolución de la población activa española de 1950 a 1969, concluyendo con una propuesta de reconsideración de las clases sociales –y, en particular, de la reconfiguración de la clase obrera– y con una prolongación del trabajo anterior: el lugar de las nuevas revueltas juveniles universitarias queda así mejor comprendido dentro de su análisis del papel de la educación en la nueva etapa capitalista.

Su evolución como pensador a partir de entonces se desarrolla en permanente diálogo con Jesús Ibáñez, también cofundador del FLP y promotor de la Escuela Cualitativa de Sociología de Madrid junto con Ángel de Lucas, Alfonso Ortí y José Luis Zárraga, entre otros. Con el primero coincide en su rechazo a la división establecida en la Academia entre sociología, economía y política, ya que “*las tres ciencias conocen y representan un solo proceso complejo, la vida de la especie humana, su conquista de la naturaleza. Su separación en campos de vida separados facilita la perversión del proceso de humanización*”⁴.

Su posición crítica frente a esa división de saberes le mantuvo voluntariamente al margen de la institución universitaria y de la sociología oficial. La ponencia que presentó junto con Carmen de Elejabeitia en el IX Congreso Mundial de Sociología dejó buena constancia de su visión muy crítica del estado de esa “disciplina”⁵. Pese a ello, su reconocimiento entre muchos sociólogos era incuestionable, como pudimos comprobar finalmente en el homenaje que, gracias a la iniciativa de Mariano Fernández Enguita, se le rindió en el marco del VII Congreso de Sociología celebrado en Salamanca en septiembre de 2001.

Dentro de su “conversación” con Ibáñez y en el marco del Equipo de Estudios con Carmen de Elejabeitia y otros colegas, y bajo la influencia del pensamiento complejo que va elaborando Edgar Morin, Ignacio nos ofrece una re-visión

4/ Rogero y López, p. 6 de la edición en Internet.

5/ “La sociología en la España de hoy”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 2, 1979, 387-391. Para un análisis también crítico de las distintas familias sociológicas sigue teniendo interés Álvarez-Uría, F. y Varela, J. (2000) *La galaxia sociológica*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

del marxismo que tiene quizás su exposición más sistemática en su trabajo inédito, *El sujeto sujetado*, finalizado en octubre de 2008. Se trata de una obra que nos envió a un grupo de personas y cuya edición para el mercado rechazó “*porque el total contenido de mi envío quiero que tome el camino de las conversaciones entre amigos, alejadas de derechos de autor, de intenciones curriculares y, desde luego, de proclamas doctrinarias*”⁶.

En ese texto, partiendo no obstante del marxismo como punto de partida y base de su pensamiento, señalaba como “errores y equivocaciones más graves” del mismo los siguientes: señalar como objetivo táctico o estratégico la toma o conquista del poder social; confundir lo público con lo estatal; y considerar la contradicción principal e insalvable entre las clases la explotación económica de los asalariados y no la pérdida de la condición de sujeto de su trabajo a favor de los propietarios de los medios de producción. Un juicio discutible en mayor o menor grado según a qué interpretación del marxismo nos refiramos pero que se sustenta en su visión de que:

El capitalismo no es sólo una forma de producir, ni sólo algo que pertenece al campo de la economía, aunque sea ahí donde ha nacido, sino que hoy, en las sociedades avanzadas, es la organización social del poder o de la dependencia que domina y sujeta a la totalidad de la población de una sociedad, limitando el ejercicio de la libertad que corresponde a la autonomía de la condición humana –y de sus miembros como sujetos– a favor del Capital, de su circulación ampliada y de su concentración.

En ese marco despliega su definición del “sujeto sujetado”, entendiéndolo como un concepto que “*contiene la contradicción entre la libertad que disfruta el sujeto y la sujeción de objeto que padece*”. Una fórmula que le lleva a aplicarla a la clase obrera observando cómo “*el trabajador ha perdido su condición de su actividad productiva o trabajo, pero ahora tiene la capacidad de ser el sujeto de su capacidad para consumir que antes no tenía. Puede decirse que ya no es un sujeto productor o trabajador, sino un sujeto consumidor*”.

Pero el centro de su preocupación y de sus propuestas en ese mismo trabajo sigue estando en la educación, entendida como “*un bien público del que nadie puede ser privado y por ello es un bien que no puede ser objeto de apropiación privada*”. Por eso termina apelando a que “*de los padres y los enseñantes depende que, en lugar de ver limitado el progreso de su libertad, las nuevas generaciones alcancen pronto la condición de sujetos y de ciudadanos*”. Su propósito era aplicar su pensamiento a la tarea permanente de oponer la “escuela de la vida” a la “escuela sistémica”, una labor que le convertiría en referente del movimiento de renovación pedagógica que se había extendido desde finales de los 70, como Julio Rogero, uno de sus principales animado-

⁶/ De la carta enviada junto con el texto en octubre de 2008.

res y continuadores, recuerda/7. Ambos, Ignacio y Julio, son coautores de una obra, *Escuela pública. Democracia y poder*, publicada en 2001, de la que el primero se sentía muy satisfecho, ya que estaba estrechamente relacionada con las vivencias y conversaciones mantenidas a lo largo de tantas sesiones en Escuelas de verano y cursos similares.

Muchos son los temas tratados por Ignacio Fernández de Castro en sus distintas obras y no cabe abordarlos aquí en profundidad. También hay otras facetas de su intensa actividad investigadora dentro del Equipo de Estudios y de su vida, incluida su corta experiencia en el cine (como en *Las palabras de Max*, dirigida por Emilio Martínez Lázaro y producida por Elías Querejeta), que merecerían un tratamiento aparte. Aun con el retrato incompleto hecho en esta nota, creo que ha quedado claro cuál fue el hilo conductor de toda su trayectoria, dicho con sus propias palabras:

tener en cuenta que, cuando lo que uno piensa como referente de su vida entra en contradicción con lo que le sucede en su propia vida, hay que plantearse la reforma de lo que se piensa y tratar de encontrar lo que la vida que uno lleva significa para uno mismo./8

¡No puedo acabar este artículo sin un recuerdo personal: el de la última vez que aceptó amablemente compartir con Miguel Romero, Montse Fernández y conmigo mismo una Mesa de Debate en el Ateneo de Madrid a finales de mayo de 2008. El tema era, como se puede adivinar, las jornadas de Mayo del 68 y allí Ignacio nos relató con una memoria extraordinaria sus vivencias de aquella “revolución”; luego, nos transmitió algunas de sus reflexiones más generales, empleando para ello ese instrumento dialógico de razonar por el que apostaba y siempre desde la amistad con quienes en mayor o menor grado podía compartir un común proyecto autoemancipatorio. También en ese acto pudimos sentir su indignación frente al rumbo que estaba tomando este mundo tan injusto y estamos seguros de que habría disfrutado mucho participando activamente en movimientos como el 15-M o la lucha en defensa de una enseñanza pública y alternativa tanto a la “sistémica” como a su creciente apropiación privada.

Gracias, Ignacio, por tus enseñanzas y tu ejemplo,

Jaime Pastor pertenece a la redacción de *VIENTO SUR*.

7/ “Magisterios con huella: Ignacio Fernández de Castro”, 2010 (disponible en <http://www.colectivoeducadores.files.wordpress.com/2010/02/biografia-y-presentacion-de-ignacio-fdez-de-castro.pdf>)
8/ Rogero y López, p. 20.